

Entre el exceso y el pudor

A UNQUE EL tercer libro del chileno Mauricio Wacquez, "Excesos" (Ed. Universitaria), está dividido en tres partes, las obsesiones principales del narrador desbordan la clasificación y nutren por igual todas las secciones. Presentados con un epígrafe de Blake, "El camino del exceso lleva al palacio de la sabiduría", la mayoría de los cuentos de este libro tratan asuntos, por lo menos, peliagudos. La anormalidad erótica es la orden del día. En las primeras cincuenta páginas ya hay amores de un adolescente con una viuda contados por una nana de campo, triángulo pasional entre dos muchachos que sufren la brecha de una mujer que concluye con dos rostros quemados por un ácido y uno de ellos en la cárcel juvenil, transformación frente al espejo de un hombre en mujer, pasiones de un muchacho de 16 por el padre de su polola y supuesta inclinación incestuosa de la hermana menor por el joven, etc.

La cruda enumeración de estos asuntos haría pensar en esos libros que dejan la escandalera en cualquier parte, y más de una editorial chilena lo habría publicitado en la página de espectáculos junto a "La matriarca" o algo por el estilo. Pero este no



Foto Gómez.

"Excesos": hace sonar otras campanas en la narrativa chilena

es un libro mercachifle; por el contrario, lo delicado de los asuntos ha llevado a Wacquez a neblinar, pulir, diluir las aristas, a contar una historia con la boca mientras con la mano se va contando otra. El sensacionalismo puede estar en los hechos, pero jamás en la actitud del narra-

dor, un hombre que prefiere el camino más largo, porque en la lectura extraña y dificultosa sabe que el lector se puede hacer más íntimo, sabe que el lector se puede ir implicando, ya sea con la comprensión o el rechazo.

Toma y daca

Son los asuntos mismos los que definen la técnica narrativa de Wacquez, y de allí surgen sus múltiples virtudes y también un par de provisorias limitaciones. En los relatos de la primera parte los méritos son indudables: atmósferas preñadas de inquietud, lenguaje cauto y sensual, atento a toda clase de matices, lírica y dramática introducción de lo onírico. La técnica velatoria de ir dando la anécdota con la técnica del toma y daca, sin embargo, concede la mayor tajada al "toma" y el lector puede quedar frecuentemente perdido más en el misterio que en la pista. Faltó en esta primera parte que la lírica veladura de los relatos se resolviera en una adecuada estructura narrativa.

Sólo dos relatos de esta primera sección alcanzan una dimensión fuertemente comunicativa. Uno de ellos es "El papá de Bernardita". El adolescente Nacho de dieciséis años viaja a El Quisco con su madre viuda y su hermana menor, en vez de ir a Pírque en el auto del papá de Bernardita, su (tal vez supuesta) polola. Alega, molesto, que ha peleado con su polola. Llegan el sábado a El Quisco y el domingo en la mañana Nacho y su hermana viajan a Algarrobo, donde encuentran al papá de Bernardita con otro muchacho que lleva a la niña a pasear en yate, mientras el padre y Nacho discuten en la playa.

Lo que el relato jamás dice ni ha-



Mauricio Wacquez: que tu boca no sepa lo que hace tu mano

ce obvio es la relación homosexual entre Nacho y el papá de Bernardita. Incluso hay elementos despistadores del mismo calibre; por ejemplo, una extraña relación sentimental entre Nacho y su hermana, donde ésta lo ve como un sustituto del padre muerto. Lo notable del relato radica en la perspectiva que interiorizó Mauricio Wacquez para contarnos el cuento: la de la hermana menor. Toda la dolorosa y arriesgada historia está puesta en boca de una muchacha de trece años, llena de fantasías románticas, de ingenuidades de chiquilina. El final del relato reserva otra sorpresa. La narradora le cuenta a su amiga Leonor el encuentro con el papá de Bernardita, pero adultera los hechos diciendo —sin explicárselo— que fueron ellos quienes los visitaron en El Quisco. Ingenuidad, complicidad, disfrute de lo prohibido, protección del ser amado: como sea, el relato accede a otra dimensión ambigua con la sorprendente actitud de la narradora.

El otro relato impresionante en su eficacia es "Ilse Médea Yocasta", el breve relato de las amarradas relaciones eróticas entre madre e hijo que asisten a un cine de la calle Bilbao. Proyectando la dependencia amorosa de su madre, el muchacho expresa su conflicto en la irrealidad de la pantalla: verá a su madre en medio de una sanguinaria orgía desollando a todas las bellas mujeres que se le ponen delante. La técnica de la irrealidad y las frecuentes recurrencias al sueño pueden ser explicadas por la deliciosa irresponsabilidad que le da al narrador, un continuo enmascarador de sí mismo: "Debo confesar que es bastante cómodo relatar un sueño: los hechos que allí ocurren son los únicos de los cuales no debemos justificarnos".

La madre —amante, o más bien la no realización de este amor— es también la presencia compulsiva en la tercera parte del libro: "Secuencias". Con una ocasional explicación del narrador ("Los recuerdos son

epopéyicos y yo sé que la realidad era trivial, confusa...") se conmemora la infancia del personaje en una lejana casa de campo, su primer despertar al amor, el casi enamoramiento de una tía que tal vez hubiera sido la solución para apartarlo de la madre que "temió enamorarse de mí, porque no se atrevió. Lo que en verdad ocurrió fue que nunca me autorizó para enamorarme de ella". En todo este arrastre del pasado, el narrador intenta perfilar sus momentos mágicos fundamentales y más que conjurar la obsesión, comulgar con el lector "esa maldita tristeza" de la infancia, el prematuro tedio de las hermanas lánguidamente tendidas en los sillones, el mágico sopor de la siesta después del almuerzo dominical y más que nada el culto de la tristeza: "A lo mejor fuimos y somos la última generación triste de este país... y que lloráramos sin motivo aparente, que a veces nos odiáramos por ocurrirnosnos llorar a todos al mismo tiempo".

Mate a la adolescencia

La sección intermedia, "Transparencias", contiene relatos en que sueño y realidad no saben decir cuál es cuál de una manera algo cortazariana en los recursos, pero muy personal en las obsesiones. Aquí es otra vez el sueño lo que mitiga el acto degenerado del doctor que viola simbólicamente a una niña en una rectoscopia en "Después de almuerzo", como si la irrealidad, la elipsis, la ambigüedad, el movimiento del relato en varios niveles, otorgara la absolución moral.

En las tres partes de "Excesos", Mauricio Wacquez prueba que desde su novela "Toda la luz del mediodía" ha ganado en profundidad, en el diagnóstico muchas veces complicado de sus obsesiones, en la estructura del relato (particularmente en sostener con verosimilitud una considerable variedad de primeras personas), en someter temas clandestinos a un lenguaje sutil y a menudo pavorosamente púdico.

Si el libro se revela brillante a una lectura dedicada, habría que agregar una observación más a la crítica de su excesivo esoterismo, limitación que reducirá su número de lectores. Mauricio Wacquez ha sido capaz de oír su propia voz y de entonarla en el tono que le correspondía. A estas alturas, parece haberle dado mate narrativamente a su adolescencia. Ahora debiera ir a la destrucción de ese mundo, permitiendo que en sus trizaduras se meta esa otra enorme realidad exterior tan importante como la de intimidad. En buenas cuentas, ahora el asunto es oír todas las campanas.